

TEOLOGÍA ESPIRITUAL

Este libro, que reúne diversas intervenciones del autor, aborda cuestiones de calado para el cristiano con estilo claro y sencillo

Perspectiva de Eternidad

“No identifiquemos lo profundo con lo abstracto ni con lo que requiere un esfuerzo conceptual intenso”. Esta afirmación de don **Ricardo** en la página 83 del libro que presentamos bien puede servirnos para comprender el contenido y el estilo del mismo. Estamos ante una colección de intervenciones originalmente dictadas o publicadas en contextos distintos. Tratan temas muy variados: desde la esperanza al misterio clave de la resurrección del Señor, desde la mariología a comentarios de parábolas, desde las preguntas fundamentales del ser humano a la repercusión histórica y espiritual del fenómeno de la peregrinación, desde la importancia del catecumenado a la teología sobre el Espíritu Santo.

Dos hilos comunes tejen la rica amplitud de asuntos tratados. En primer lugar, se abordan cuestiones de calado que cada cristiano se plantea hoy y para las que anhela encontrar una reflexión de hondura, como la que aquí se ofrece. En segundo lugar, el estilo es sencillo, claro, elegante, sobrio. Se trata, por tanto, de una propuesta sugerente para el lector que, sin una específica formación teológica, quiera profundizar en aspectos fundamentales de la fe. Porque es un libro dirigido al gran público. En este sentido, la exhortación que le da título –tomada de 2 Tim– no se elige pensando en sus destinatarios, como si estos fueran preferentemente quienes han recibido un ministerio eclesial, sino en su autor. Es él, el arzobispo emérito de Valladolid, quien –como narra en la presentación– quiere cumplir el ministerio que le ha sido confiado. Explica don Ricardo que un sabio presbítero abulense le orientó



CUMPLE TU MINISTERIO

Ricardo Blázquez

Sal Terrae

Santander, 2026 · 248 pp.

para que compaginara el ministerio episcopal con la vocación teológica, y que por eso nunca dejó de escribir, a pesar de las muchas ocupaciones inherentes al servicio pastoral.

De entre tantas sugerentes reflexiones, quizá convenga destacar algunas especialmente lúcidas. En primer lugar, las relacionadas con la virtud teológica de la esperanza. Son especialmente bellas, pues a diferencia de las teorías que pueden escribir quienes ven la muerte como una realidad ineludible, pero no necesariamente inmediata, estos pensamientos surgen de alguien cuya edad permite que la mirada “no se vuelva ya al pasado con añoranza, sino al futuro con la confianza puesta en el Señor de la vida, que satisfará las aspiraciones más hondas del corazón y colmará todos sus anhelos” (p. 50). Frente a dos reduccionismos que en ocasiones han tenido lugar en la experiencia cristiana, el de quienes siguen temiendo la muerte como si Cristo no hubiera resucitado y no fuera garantía de la propia resurrección de sus discípulos, y el de quienes, por el contrario, quieren quitar todo peso a la tragedia de morir, acertadamente

se afirma que “la esperanza cristiana comunica alegría y fortalece en las pruebas, aunque la esperanza de resucitar con Cristo, mientras recorremos el camino de la vida, no suprima el ‘dolor’ de la finitud” (pp. 106-107). Se describe la esperanza como alegre, transformadora y laboriosa.

También esponjan el alma las palabras que dedica, en dos capítulos, a la resurrección del Señor. No en vano, precisamente su lema episcopal y cardenalicio es la frase que resume la experiencia y el anuncio cristiano: *Resurrexit*. En realidad, ambos temas están estrechamente unidos. En la profundidad, fluidez y delicadeza con la que aborda el tema se pueden vislumbrar las muchas reflexiones académicas que ha venido desarrollando desde el primer momento de su quehacer teológico con su tesis doctoral.

Personas relevantes

No pueden dejarse de elogiar los capítulos dedicados a personas relevantes para la Iglesia. De ellos, el primero presenta a la beata **Ana de Jesús**, clave en la espiritualidad teresiano-sanjuanista. Los otros dos se centran uno en san **Pablo VI**, y otro en el papa **Francisco**, y aportan la frescura de los recuerdos personales del autor.

Que cada capítulo sea independiente, estilísticamente hermoso y breve permite que no sea necesario leerlo en la quietud del hogar. Esto, sin duda alguna, sería lo ideal. Pero el libro también es apto para quien esté apremiado por los ritmos agobiantes de estos días que nos ha tocado vivir, pues se puede coger sin perder el hilo en los escasos diez minutos libres que, con un poco de suerte, a lo mejor nos concede la jornada. No deja de ser otro indicio más de la sabiduría del autor, que habiendo sido siempre un hombre sereno, sin miedo a dedicar largos tiempos a lo que resulte necesario e infatigable portador de paz en situaciones variopintas, siempre ha sabido encontrar una forma para llegar discretamente a los corazones agitados y contribuir a serenarlos desde la única perspectiva posible: la de la Eternidad.

JORGE ZAZO RODRÍGUEZ